

El Cardenal Silva Henríquez, un hombre de su tiempo, un sacerdote de su siglo.

Palabras del Presidente del Instituto Maritain de Chile, en ceremonia en la Cripta de la Catedral de Santiago, en aniversario de su fallecimiento. (9 Abril 2012)

Como hombre de su tiempo, supo comprender la problemática del hombre moderno, a veces tironeado entre sus inquietudes religiosas y sus deberes profesionales y sociales. Su formación jurídica mucho le ayudó a comprender los avatares de la vida institucional del país; en esa misma línea de conocimientos fue un muy digno sucesor del Arzobispo don Rafael Fernández Concha, gran filósofo del derecho y catedrático de la Pontificia Universidad, que yace en esta misma cripta. Como sacerdote el Cardenal recibió la formación eclesiástica de su época, previa al Concilio Vaticano II, pero al Arzobispo de Santiago le correspondió conocer y participar en ese ventarrón del Espíritu que alimentó las deliberaciones del Concilio, al igual que al Cardenal de Cracovia, Karol Wojtyła.

Ciertamente que como Arzobispo de Santiago, nuestro recordado Cardenal debió afrontar las dificultades que la puesta en marcha de la renovación conciliar provocó en el presbiterio de su diócesis, pero don Raúl, como le decían sus cercanos, lo hizo con medida y comprensión pastoral.

En realidad su gobierno de la arquidiócesis estuvo impregnado de su vehemente deseo de dar a conocer y poner en práctica la Doctrina Social de la Iglesia con la colaboración de muchos laicos comprometidos. Don Raúl predicó, mostró caminos, golpeó puertas, obtuvo recursos para las fundaciones sociales que él mismo iba impulsando, como ser el Instituto de Promoción Agraria INPROA, la Fundación para el Desarrollo, de la cual surgieron otras entidades cooperativas, un Instituto sobre la Autogestión, una Financiera de Interés Social, (actualmente Fundación Emmanuel), la Fundación INVICA, etc. Es que su preocupación estaba con los campesinos sin

tierra, con los pequeños empresarios sin acceso al crédito, con el ahorro cooperativo como herramienta para acceder a la vivienda social; él trabajó incansablemente en estos empeños y si alguien le preguntaba de dónde sacaba tanta energía, contestaba simplemente... el amor del Buen Dios, frase que podría parecer reiterativa, pero que quería enfatizar el amor infinito de Dios por todas sus criaturas. Quizás, como salesiano plenamente inspirado en el carisma de don Bosco con la educación de los niños, esa era la forma como el enseñaba personalmente a los niños el catecismo. Porque Don Raúl como Gran Canciller de la Universidad Católica podía estar en una sesuda reunión con catedráticos universitarios o con empresarios, en la mañana, y en la tarde rodeado de niños de las aldeas S.O.S., cuya instalación en Chile el mismo había impulsado.

Es difícil comprender la personalidad y misión pastoral llevada a cabo por el Cardenal Silva en Chile, si no se tiene presente que fue un sacerdote de su siglo, que durante su episcopado el Pontífice romano era Pablo VI, quien sostuvo claramente que “la Iglesia no puede circunscribir su misión únicamente al campo religioso, como si se desinteresara de los problemas temporales del hombre”. (Encíclica Evangelii Nunciandi N° 34) En esos años la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Puebla, México, había reiterado que “el cristianismo debe evangelizar la totalidad de la existencia humana, incluida la dimensión política (“La Iglesia – nos decía el Documento de Puebla N° 515 – critica por esto a quienes tienden a reducir el espacio de la fe a la vida personal o familiar, excluyendo el orden profesional, económico, social y político, como si el pecado, el amor, la oración y el perdón no tuvieran relevancia en esos sectores de la vida humana. Es que la vida humana no es sólo personal, es también social. El ser humano se encuentra enrolado en el tejido social como parte esencial de su propio ser, no solo vive, sino que *convive*. Lo que se quería en esos años era subrayar la necesidad de comprender adecuadamente el cristianismo, no como un *sector de la realidad*, (el campo religioso) sino como un proceso de encarnación *de toda la realidad*, para redimirla y hacerla materia del Reino de Dios, de ese Reino al que

aludimos todos los días cuando rezamos el Padre Nuestro, quizás muy memorizado pero poco comprendido. Porque ese Reino no es de este mundo, pero cuando decimos “venga a nosotros” tu Reino, nos estamos refiriendo a quienes estamos en el mundo, y pedimos por ese mundo en que vivimos. No es lo mismo ser de este mundo que estar en el mundo. El cristiano sabe que está en el mundo como peregrino y que está ordenado hacia un “más allá”.

En los días que corren nuestro actual Pontífice Benedicto XVI ha reiterado muchas veces la urgente necesidad de evangelizar la cultura, llamado que obedece a la misma inspiración de encarnación de la fe en toda realidad. La fe debe ser verdadera y salvadora (en esos años a algunos les gustaba decir liberadora) y la fe es tal cuando *se hace amor*.

Ciertamente don Raúl fue muchas veces criticado, quizás por la vehemencia de su compromiso social. Pero estaba en buena compañía, con el Pontífice romano, y con sus hermanos del episcopado latinoamericano. Podemos recordar que Pablo VI fue el Papa que introdujo modernos conceptos económicos en el lenguaje de la Iglesia, habló del “desarrollo” definiendo el verdadero desarrollo, “de todo el hombre y de todos los hombres”, (en su Encíclica *Populorum Progressio*); podemos recordar también que el mismo Pablo VI descubrió a Jacques Maritain, y como Arzobispo de Milán se ocupó de la traducción y publicación en lengua italiana de algunos libros del filósofo del “Humanismo Integral”. Fue también Pablo VI quien al finalizar el Concilio entregó a Maritain como representante del mundo intelectual, el llamado que el propio Concilio quería hacer a los intelectuales de todo el mundo. Nuestro Cardenal había bebido de esas mismas fuentes de renovación del pensamiento católico europeo – durante la post guerra - como asimismo otros obispos de la época, entre ellos su auxiliar Mons. Hourton, que despedimos hace tan poco tiempo en esta misma Catedral.

Don Raúl comprendía bien que tanto la solidaridad humana cuanto el principio de subsidiaridad son esenciales para lograr el Bien Común, que no basta la asistencialidad, que es necesario potenciar la capacidad humana para generar su propio progreso, que el Bien Común no es una simple suma de bienes individuales, sino “la buena vida humana de todos”, que solo se puede lograr por el cuidado de los unos por los otros, y con la necesaria preocupación de la autoridad por los más desfavorecidos.

**En este aniversario de la partida de nuestro recordado amigo,
abre Señor los brazos de tu misericordia a tu Cardenal Raúl
que sirvió en esta Iglesia de Santiago durante 22 años,
y concédele gozar eternamente de Cristo,
en quien puso su esperanza
y cuyo evangelio predicó sin descanso.**

SFA, Abril 2012.-